

sados, pedía forraje ó la ayuda necesaria, y el bosque comunal suministraba la madera para la reparación del carro estropeado. En épocas determinadas se hacía la inspección solemne de las tierras comunales, en procesiones pedestres ó en cabalgatas, con banderas desplegadas y tambores y pífanos á la cabeza, según un ceremonial que aún se practica en nuestros días en Escocia, cuando se simula la inspección de los límites del territorio urbano, que antes solía variar el señor. En aquella época se levantaba un altar sobre el límite del campo, donde se leía el Evangelio y el cura bendecía el territorio comunal<sup>1</sup>.

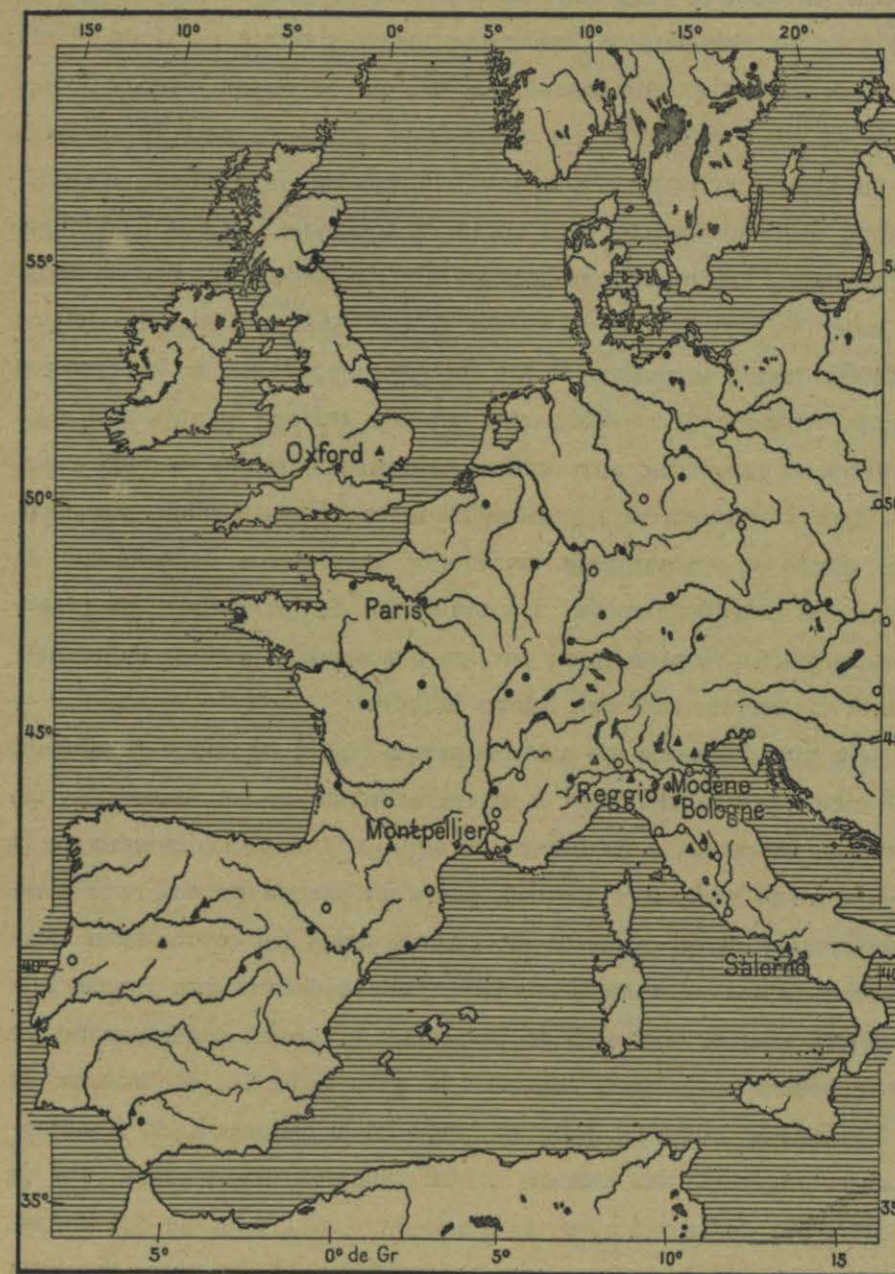
Los progresos se realizaban tan rápidamente durante aquel período de equilibrio de las ciudades industriales, que el traspaso de la propiedad se hacía gradualmente en beneficio del labrador antes sujeto á la servidumbre: el trabajo conducía en cierto modo á la apropiación de la tierra. Estaba uniformemente admitido en principio que el labrador cuyos cuidados habían asegurado una buena cosecha adquiriría por eso mismo derecho á la mayor parte de los productos; toda mejora de la tierra debía pertenecer al mejorador; la bonificación del surco nutricio aseguraba su adquisición progresiva. De ese modo la sociedad llegaba á reconocer que los bienes arrendados al colono se convertían en su propiedad legítima, en tanto que el derecho del anterior propietario territorial iba disminuyendo cada vez más, transformado al fin en una simple tasa y garantía de prestaciones<sup>2</sup>.

Prodújose entonces un fenómeno análogo al que tomó tan grandes proporciones en la corriente del siglo XIX, la afluencia de campesinos á las ciudades, donde encontraban una vida superior de inteligencia, más caminos abiertos á su iniciativa. La pasión del saber se llevó á una especie de furor: nueve de las universidades actualmente existentes en Alemania se fundaron durante el medio siglo que transcurrió de 1450 á 1506; la afición al descubrimiento científico iba á la par con el anhelo por las invenciones materiales, pero ¡cuántas dificultades en los estudios! ¡qué pobreza en el material de enseñanza! Al final del siglo XV la facultad anatómica de Tubinga recibió el derecho

<sup>1</sup> Grimm, *Weisthümer*; — J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 276 y siguientes; — Maurer, *Geschichte der Dorfverfassung in Deutschland*.

<sup>2</sup> J. Janssen, *obra citada*, ps. 393, 394.

N.º 370. Universidades en principio del siglo XVI.



- Universidades fundadas antes de 1200.      ▲ Universidades fundadas de 1200 á 1300.
- Universidades fundadas de 1300 á 1400.      • Universidades fundadas de 1400 á 1506.

Sucesora de la Escuela de Rávena, la Universidad de Bolonia pretende ser anterior al año 1000; la fundación de la Escuela de Salerno se cree que data del 1080; la de Oxford, del 1167; París abrió su Universidad en 1150 ó 1170, según los orígenes que se le reconocen; Montpellier, en 1137 ó 1220; Módena y su anejo Reggio, en 1182-1188. (*The Universities of Europe*, Hast. Rashdall.)

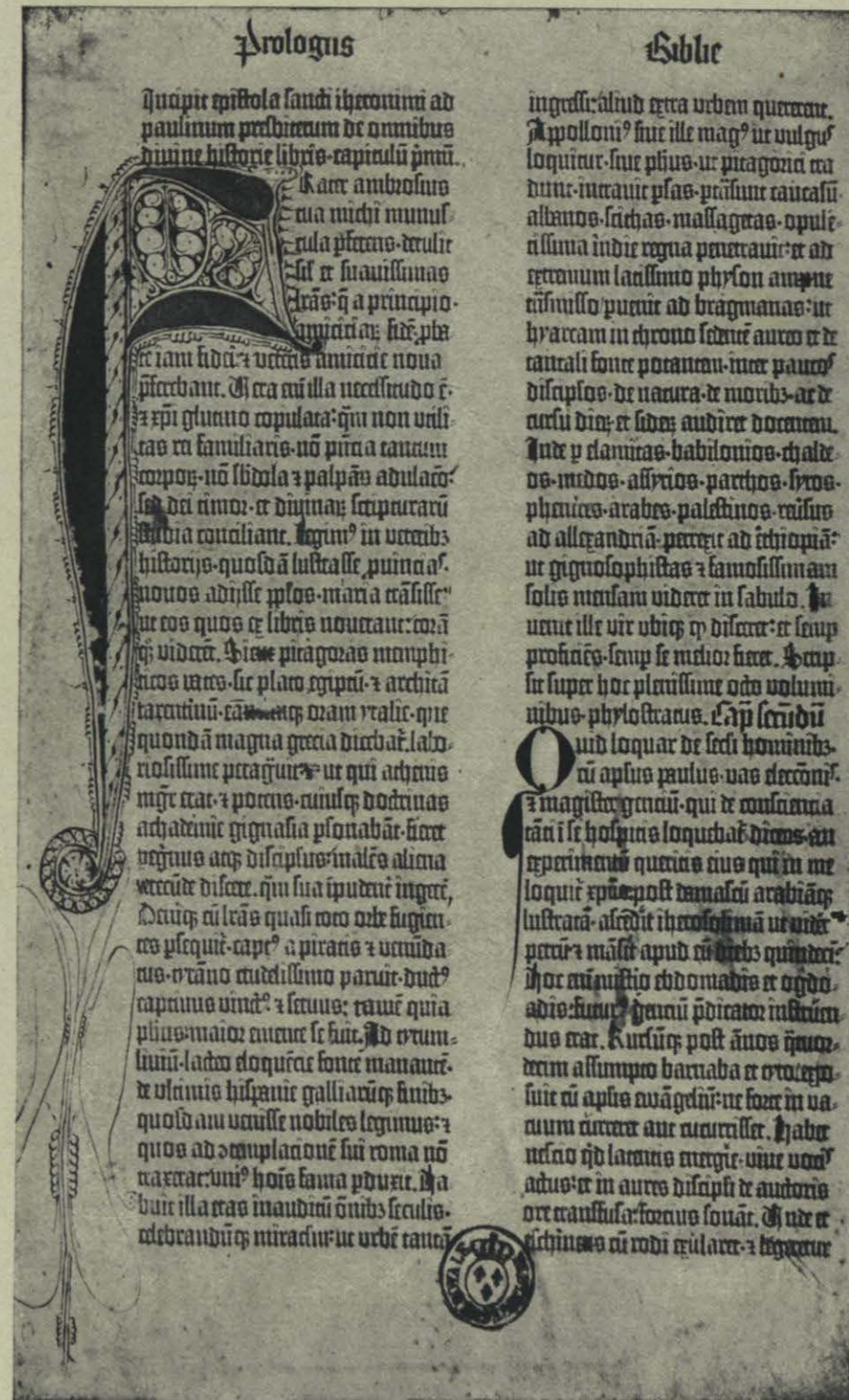
Los dos mapas n.º 370 y 371 son á la escala de 1 á 20 000 000.

de hacer una autopsia cada tres ó cuatro años; á partir de 1538 pudo disecar un cadáver cada año; la Universidad hizo en 1547 la adquisición de un esqueleto, el único que poseyó durante 104 años<sup>1</sup>. El deseo de aprender y de enseñar fué tal, que se vieron jóvenes profesores en edad en que se les consideraba incapaces para el ejercicio de las armas, y mientras que unos adolescentes enseñaban, se estrechaban sobre los bancos para aprender ancianos, clérigos, canónigos y príncipes; las mujeres se sentían también impulsadas por el deseo de saber<sup>2</sup>. Los estudiantes hacían su excursión por Alemania y por toda Europa, á semejanza de los obreros compañeros de los diversos oficios, hallando por todas partes también análoga hospitalidad. Ya profesores, geógrafos, astrónomos, naturalistas, sabios de toda especie, iban á establecerse á grandes ciudades lejanas, Lisboa, por ejemplo, donde se encontraban marinos y aventureros en solicitud de misión de descubrimientos. La confección de los globos, imaginada por los Martín Behaim como por los Toscanelli, apresuró indudablemente la «invención» del Nuevo Mundo.

En esta Alemania tan bien preparada por el estudio y la difusión del saber, por la aparición ó la restauración de las industrias más diversas, se reveló, á mediados del siglo XV, el procedimiento de la imprenta con caracteres móviles, punto de partida de una revolución intelectual y moral respecto de la cual todas las revoluciones precedentes tienen un valor secundario: puede decirse que gracias á la imprenta esas revoluciones se presentan á nuestra consideración en su verdadera importancia relativa. El gran siglo XV, el iniciador de la civilización moderna, debe su rango en la historia á los descubrimientos capitales del espacio y del tiempo; del espacio, por la exploración de la redondez del globo en África y en las dos Indias; del tiempo, por la resurrección y reaparición de las obras maestras de la Antigüedad. Y la imprenta permitió hacer esta conquista sobre las edades pasadas, y si se descubrió fué por efecto de la necesidad sentida por los humanistas de reproducir al infinito los fragmentos manuscritos tan escasos que poseían de las obras originales de la Antigüedad. El deseo de esparcir sus propias ideas, de

<sup>1</sup> A. Froiep, *Globus*, 1903, p. 162.

<sup>2</sup> Richard Heath, *Anabaptism*, p. 4.

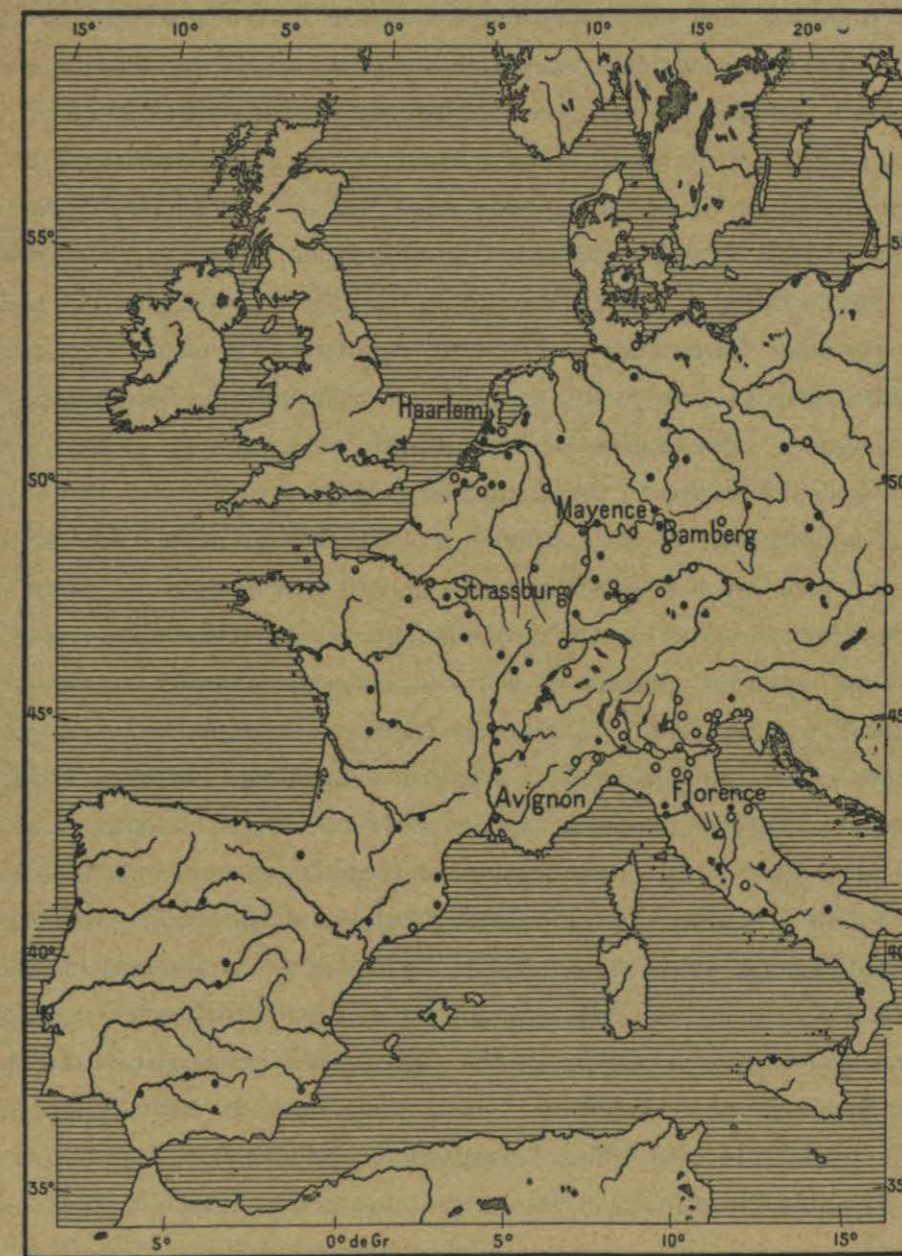


Biblioteca Nacional.

UNA PÁGINA DE LA PRIMERA BIBLIA DE GUTENBERG

JUAN GEINSFLEISCH, LLAMADO GUTENBERG, NACIÓ Y MURIÓ EN MAGUNCIA, 1400-1468

N.º 371. Imprentas en 1500.



- Imprentas fundadas antes de 1450.
- Imprentas fundadas de 1450 á 1475.
- Imprentas fundadas de 1475 á 1500.

Gutenberg hizo ensayos en Estrasburgo en 1436 antes de establecerse en Maguncia en 1444. Waldvogel de Praga vivía en Avignon en 1444 y enseñaba la «escritura artificial» á algunas personas. Las pretensiones de Haarlem, Bamberg y Florencia tienen menos fundamento. De Maguncia proceden las impresiones más antiguas llegadas hasta nosotros.

dirigirse directamente á sus contemporáneos como literato, filósofo ó moralista, tuvo una parte mínima en el impulso de esfuerzos que

hizo surgir la industria nueva, porque todas las obras impresas en los primeros años del descubrimiento fueron documentos religiosos ó profanos ya conocidos, embellecidos por la aureola que da la tradición. Se había escrito en los siglos que precedieron al descubrimiento del carácter móvil, pero á lo sumo han podido sobrevivir la centésima parte de los libros de la Edad Media <sup>1</sup>. El número de los autores debía de ser inmenso en un tiempo en que el escritor era su propio editor, el poeta su propio recitador, el dramaturgo su propio actor, pero muerto el hombre desaparecía la obra. La imprenta fué en ciertos casos un obstáculo á las letras, desanimando al pensador sin energías, pero multiplicó al infinito el campo de acción de los escritos que pasaban bajo la prensa.

La invención de la imprenta es un hecho de importancia tan capital, que muchos países y ciudades han reivindicado su gloria. Admitiendo, lo que es muy probable, que el conocimiento de este arte no haya sido aportado de China al Occidente europeo por algún Rubruk ó algún Polo, y que pueda afirmarse el origen local, no es menos cierto que Maguncia, Estrasburgo, Bamberg, Avignon, Florencia y Haarlem pretenden también el honor de ser el lugar natal del gran arte; y, en esta discusión, el veredicto es tanto más difícil de formular, cuanto que los industriales guardaban entonces muy cuidadosamente sus secretos, y que la imprenta propiamente dicha toma sus orígenes en industrias anteriores muy aproximadas, entre otras el grabado en madera de los naipes y las estampas de santos con invocaciones y oraciones. Como quiera que sea, según la opinión general de los eruditos, Maguncia es indudablemente la patria de la noble invención, y Gutenberg fué su autor. Cuando después de la conquista de la ciudad por el arzobispo Adolfo de Nassau en 1462, fué divulgado por el mundo el «maravilloso secreto» de la imprenta, Maguncia poseía dos establecimientos de impresión, el de Gutenberg, luchando penosamente contra la miseria, pero trabajando á pesar de todo, y el del rico Johann Fust ó Faust, que había creído reducir á su antiguo asociado á la impotencia, haciéndole condenar ilegalmente al pago de dos préstamos con los intereses y sus réditos

<sup>1</sup> Remy de Gourmont, *Le Chemin de Velours*, p. 30.

correspondientes: como siempre, en los orígenes y en el desarrollo de la industria, se halla la áspera lucha del capital y el trabajo. Pero el descubrimiento había entrado en el período de realización. El primer incunable, del que sólo existe un corto número de ejemplares, es una *vulgata* en dos volúmenes in-folio, que Gutenberg empleó tres años en imprimir, de 1452 á 1455. La obra se vendía á treinta florines; manuscrita costaba cuatrocientos ó quinientos <sup>1</sup>.

Habiendo cesado de ser un secreto, el arte de la imprenta se extendió rápidamente por toda Europa, y hasta el final del siglo, en menos de cuarenta años, se contaron más de mil impresores, en su mayor parte de origen alemán. Dos años después de la toma de Granada había en esta ciudad tres impresores alemanes; dos de esos industriales se aventuraron hasta llegar á la isla ecuatorial de San Thomas, donde actualmente sería difícil descubrir una librería.

No dejó de establecerse naturalmente una cierta división del trabajo en las diversas comarcas para la obra de reproducción de los manuscritos poseídos por los sabios. Alemania, mucho más empeñada que Italia en el misticismo de la Edad Media, imprimía principalmente obras religiosas, salterios, oraciones, recitaciones piadosas, á las que se añadían gramáticas, recopilaciones de palabras y de proverbios. Muchos libros impresos en Alemania antes del final del siglo XV se perdieron durante las guerras que sobrevinieron, pero quedan aún más de mil obras de esta época, entre las cuales más de 100 *Biblias* y 59 *Imitaciones*. En cuanto á Italia, el país de los humanistas por excelencia, ya casi desprendido en sus clases instruidas de la creencia en el cristianismo, se ocupó sobre todo de la publicación de los clásicos. Dos frailes, Schweinheim y Panartz, introdujeron la imprenta en 1465 en el convento de Subiaco; desde 1476 Milán imprimió el primer libro griego, la gramática de Constantino Lascaris, y pronto se vió á Aldo Manucio «el Romano» imprimir «toda la sabiduría de los Griegos... en tanto que conservó un soplo de vida». De 1495 á 1514 publicó sucesivamente Aristóteles, Hesiodo, Jámblico y los neo-platónicos, Aristófanes, los epistolares griegos, Tucídides, Sófocles, Herodoto, las *Helénicas* de

<sup>1</sup> V. Duruy.

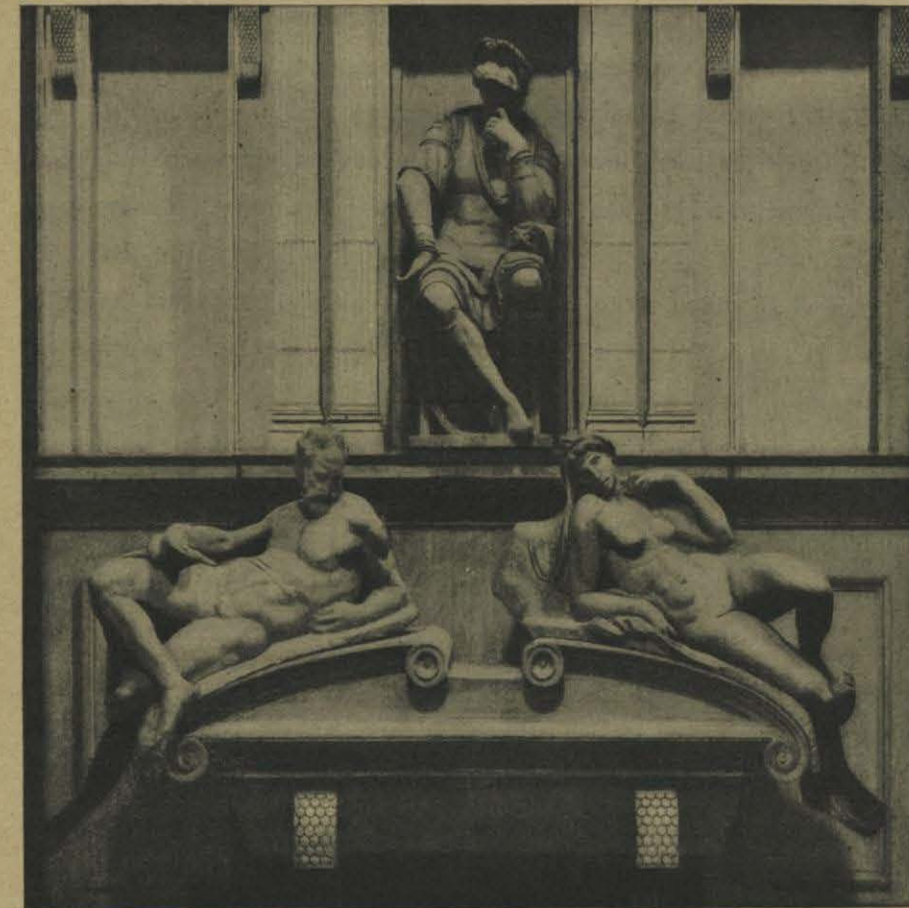
Jenofonte, Eurípides, Demóstenes, los *Opúsculos* de Plutarco, Platón, Píndaro; luego Virgilio y otros latinos. En la época en que el taller de Manucio en Venecia producía esas admirables y preciosas ediciones, cuyos ejemplares se vendían á 2 fr. 50, valor actual, Alemania imprimía aún con mezquindad y fealdad gramáticas y manuales de ortografía para principiantes.

Desde entonces y en lo sucesivo todo el tesoro de la Antigüedad pertenece al que quiere aprender y saber, y se puede beber directamente en el manantial en lugar de recibir el conocimiento más ó menos mezclado en su curso por canales impuros. Recuérdese el grito de entusiasmo lanzado por el buen Gargantua, dirigiéndose á su hijo Pantagruel: «Ahora se han restituido todas las disciplinas, las lenguas se han instaurado: griega, sin la cual es una vergüenza que nadie se diga sabio, hebraico, caldaico, latino. Las impresiones, tan elegantes y correctas en uso, que han sido inventadas en mi tiempo por inspiración divina, como á contra-pelo, la artillería por sugestión diabólica... Todo el mundo está lleno de gentes sabias, de preceptores doctísimos, de librerías muy amplias... Yo veo los bandidos, los verdugos, los aventureros y los palafreneros del día más doctos que los doctores y predicadores de mi tiempo». Ha de oirse también al ardiente Ulrich von Hutten lanzar un grito de alegría en honor de su siglo: «*O saeculum, o litterae! Juvat vivere etsi quiescere nondum juvat!*<sup>1</sup>»

El excedente de fuerza que poseía la sociedad del Renacimiento, y que le permitió hacer cosas tan grandes, debía manifestarse también en obras sin realización práctica: la edad de los admirables descubrimientos en el espacio y en el tiempo fué también la de peregrinaciones á un mundo quimérico. La embriaguez de una ciencia mal comprendida en sus detalles, pero profundamente sentida en su amplitud y en sus alcances es siempre creadora de utopías, de un vuelo de imaginación tanto más extenso cuantos más cambios ha producido la vida contemporánea. El gran triunfo de los Griegos sobre las innumerables hordas que los reyes de Persia habían lanzado contra ellos, llevó á los vencedores á considerarse casi como

<sup>1</sup> ¡Oh siglo, oh bellas artes! ¡Es agradable vivir, aunque no agrade todavía reposar!

dioses, y á pesar de la ponderación natural del espíritu helénico, los escritores imaginaron á porfía sociedades ideales en cuya realización no creían. Un movimiento análogo se produjo en los bellos tiempos del Renacimiento y por un impulso de la misma naturaleza: todo lo sorprendente ocurrido en la vida de las naciones hizo nacer



Nueva Sacristía de San Lorenzo.

Cl. J. Kuhn, edit.

FLORENCIA — TUMBA DE LORENZO DE MÉDICIS  
por MIGUEL ÁNGEL, 1475-1564.

de rechazo un mundo de ensueños casi todos grandiosos y espléndidos. Parece, sin embargo, que las utopías de los filósofos y de los poetas fuesen todas verdaderas mejoras del mundo actual, una vez transformadas en hechos. Lejos de ser así, es raro que el ensueño tenga la belleza de la vida. Además, los libros de los utopistas se parecen á sus autores; como todos los demás escritos, reproducen los nobles deseos y las malas ambiciones, los elevados sentimientos

y las pasiones bajas de los que las han sentido. Con frecuencia, en esas obras quiméricas lo malo supera á lo bueno. ¿Qué buen juicio puede formarse de la primera utopía famosa que nos ha legado Platón bajo el nombre «República», que no es en realidad más que una glorificación de los Espartanos, un retroceso hacia una sociedad de donde toda iniciativa estaba desterrada?

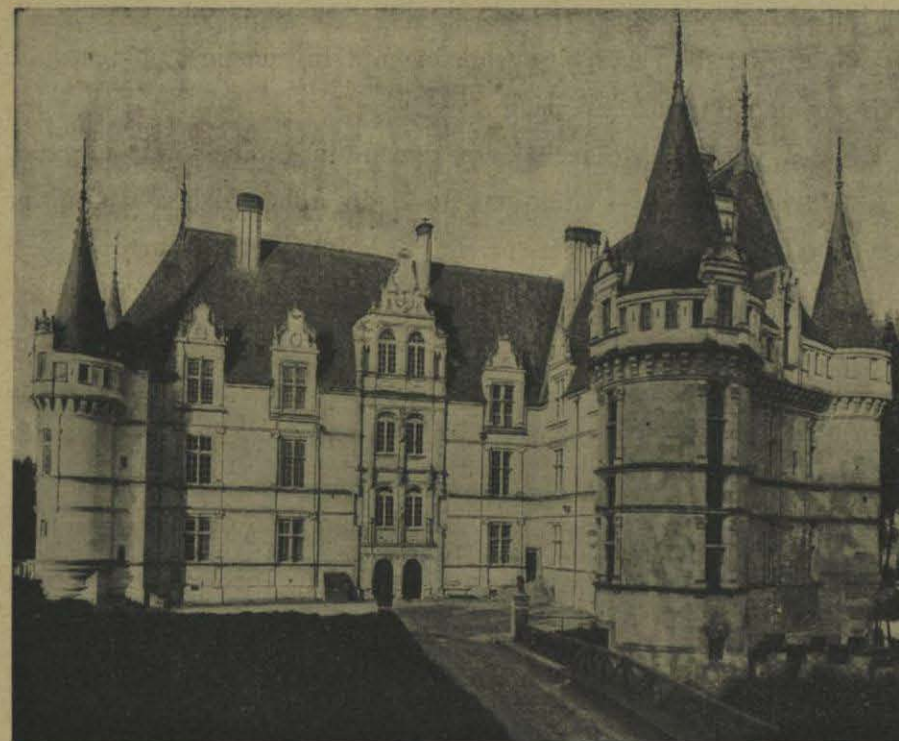
El Renacimiento árabe precedió al Renacimiento italiano, y el ciclo de las utopías comenzó también en una época anterior entre los Moros de España, lo mismo que entre los Sirios y los Árabes de Asia. Entre los forjadores de ideal que evocan una sociedad futura para representarla á sus contemporáneos españoles, cristianos y mahometanos, los eruditos citan al árabe Ibn-Badja, que nació en Zaragoza hace unos ocho siglos y cuyo nombre ha tomado en la historia la forma vulgar de Aven-Pace ó Avempace. Sus escritos no han llegado hasta nosotros, y únicamente conocemos su substancia por un análisis debido al judío Moisés de Narbona, pero es seguro que ningún autor comprendió mejor que él la importancia de la educación individual, siendo cada hombre un centro natural en cuyo rededor se constituye la sociedad en su conjunto como alrededor de su eje<sup>1</sup>. Verdadero precursor, veía claramente que las revoluciones duraderas no vienen de arriba, de sacerdotes, de reyes ni siquiera de lo más selecto de los pensadores, sino que han de hacerse primeramente en cada individuo, elemento inicial de todo progreso. «Solitario» él mismo, Ibn-Badja se dirige á los «solitarios» que, en una sociedad imperfecta, tratan de llegar á ser seres constitutivos de una sociedad perfecta. Ante todo les aconseja se desprendan de su educación primera, obrando como plantas que, después de haber sido curvadas, adquieren su porte natural y crecen como conviene á su instinto de vida; «extranjeros en sus familias y en la sociedad que les rodea, los solitarios se transportan por el pensamiento á la república ideal que es su verdadera patria». En el nuevo mundo que suscita Ibn-Badja será inútil hacer justicia, porque las relaciones de los individuos entre sí serán las del amor<sup>2</sup>. La sociedad se transformará en una gran escuela donde cada individuo será solicitado hacia

<sup>1</sup> S. Münck, *Mélanges de Philosophie juive et arabe*, p. 363.

<sup>2</sup> Ernest Nys, *Autour de la Méditerranée*.

la perfección de su ser, al esplendor de su belleza corporal y moral.

Antes de Ibn-Badja tuvieron los Arabes entre sus filósofos otro utopista famoso, Ibn-Sina ó Avicena<sup>1</sup>, cuya enseñanza bien comprendida tenía en el fondo el mismo alcance libertario, pero en el que los Occidentales no vieron más que una novela, un juego de



Cl. J. Kuhn, edit.

FACHADA PRINCIPAL DEL CASTILLO DE AZAY-LE-RIDEAU

ingenio. El médico filósofo á cuyo rededor se agolpaba la juventud estudiosa de Bokhara, imagina la existencia del niño Hai, que nace y se desarrolla en una isla desierta, instruyéndose poco á poco por los fenómenos de la Naturaleza y por las lecciones de toda especie que le dan los animales; con ellos y con las plantas vive dichoso, ama á todos los que le rodean y es amado por ellos, aprendiendo incesantemente, gracias á una paciente observación; de ese modo llega á ser filósofo y moralista, sabio y poeta. Esta regresión hacia la Naturaleza, esta fraternización con los animales que quedaban puros de todas las convenciones de la vida artificial, encantaron durante

<sup>1</sup> Avicena, 980-1037. — Avempace nació en Zaragoza en 1100, murió en Fez en 1138.

toda la Edad Media á trovadores y juglares, á quienes las necesidades de la existencia obligaban á llamarse cristianos, pero que concebían también ensueños caballerescos de justicia y de bondad<sup>1</sup>. De transformación en transformación, Hai, incesantemente modificado por los utopistas, que hacían de él un representante de su carácter y portavoz de sus ideas, acabó por vulgarizarse demasiado, y su genealogía terminó por la numerosa familia de los Robinsón, que descubrieron, no una sociedad nueva, sino simplemente los medios prácticos de vivir acomodándose á su medio.

Las utopías del Renacimiento tenían un carácter más elevado, como lo atestigua el sentido mismo dado á la palabra «utopía», desviada de su significación primitiva «en ninguna parte»<sup>2</sup>. El término debía aplicarse en lo sucesivo á los proyectos de mejora social, condenados sin duda á no realizarse, pero inspirados por un sentimiento profundo de solidaridad humana: Campanella trata de colocar al individuo en tal situación, que le es casi imposible ser malo ni depravado. Sin embargo, cada uno tiene su utopía determinada por su propia naturaleza: el más voluptuoso de los poetas, Torcuato Tasso, en la *Amiata*, canta la edad de oro y el amor libre según los ritos de la inocencia natural. Para la multitud abrumada por el trabajo y falta frecuentemente de lo necesario, la utopía es el «país de Cucaña», el *Schlaraffenland*, donde los manantiales de leche y de vino brotan del suelo, donde caen del cielo manjares deliciosos perfectamente preparados, donde existen mesas cargadas de viandas y de frutas á pedir de boca, bajo la sombra de frondosos árboles, á la orilla de arroyos susurrantes. La comilona es el ensueño del pueblo famélico, mientras que la humanidad bien nutrida y aficionada á los libros ve en su imaginación surgir un palacio con grandes bibliotecas, atestadas de volúmenes con encuadernaciones soberbias y texto irreprochable. La abadía de Thelema, la más bella mansión que haya creado el Renacimiento, contenía «grandes librerías en griego, latín, hebreo, francés, toscano y español, repartidas por los diversos pisos en combinación con éstos y con los idiomas». Y, cosa extraordinaria, en aquella abadía, tan diferente de todas las

<sup>1</sup> Raoul Debarde, *Revue Blanche*, 1.º Diciembre 1900, p. 302.

<sup>2</sup> Thomas Morus, *De optimo reipublicæ statu, deque nova insula Utopia*, p. 303.

demás, en aquel asilo de la libre conciencia, del estudio y de la felicidad por el respeto mutuo y por la práctica de la vida noble, en aquella «estancia del honor», Rabelais, el pintor de tantas glo-



Cl. Sellier.

ABADÍA DEL MONTE SAN MIGUEL — COCINA Y REFECTORIO

tonerías, descuida absolutamente las cocinas. Se complace en dar todos los detalles de la arquitectura; describe galerías pintadas, salas de estudio y de juegos, colecciones, observatorio, estanques de na-

tación, jardines, todas las disposiciones de los edificios que podían contribuir al confort de los habitantes; hubo tan gran cuidado en la descripción de este palacio de la Voluntad y de la Conducta Libres, que ha podido ensayarse la reproducción del plan de la abadía utópica<sup>1</sup>; pero el autor no pensó ó quizá desdeñó mencionar la refección del cuerpo en comida y bebida, cosa extraña en una época en que cada abadía poseía cocinas monumentales y reposaba sobre amplias bodegas llenas de barricas superpuestas<sup>2</sup>.

Los soberanos, tan frecuentemente enloquecidos por el vértigo del poder y el incienso de la adulación y de las alabanzas, debieron á su vez sufrir también la embriaguez de aquella época y dar á sus quimeras una forma romántica. El duque de Borgoña Carlos el Temerario fué, en pleno siglo XV, el tipo más notable de esos jefes de Estado que se dejan llevar por la pasión frenética de lo imposible. Probablemente la extraña configuración de sus Estados, tan poco conforme con las divisiones geográficas naturales, debió contribuir en gran parte en el destino fatal del ambicioso personaje: aquel conjunto absurdo de posesiones no tenía valor á sus ojos sino completándose con la adquisición de todas las regiones intermedias, y mientras no lograra darle una forma normal y definitiva, había de intrigar, maquinando y sobre todo combatir sin reposo. Su existencia aventurera fué la consecuencia necesaria de esa lógica de la historia que le imponía la transformación de sus esparcidos dominios en un reino poderoso y bien equilibrado.

Pero esa unidad que quería crear para una Borgoña en gran parte artificial, entraba forzosamente en conflicto con otros grupos políticos más sólidamente constituídos y de mayor vitalidad natural como organizaciones nacionales: Alemania, Suiza y Francia. Además, Francia se hallaba precisamente regida por el amo más prudente y menos aventurero que haya existido jamás. El contraste entre los dos soberanos rivales era completo, añadiendo rasgos cómicos y hasta grotescos á los elementos del drama. Ya las poblaciones habían

<sup>1</sup> Arthur Heulhard, *Rabelais, ses Voyages en Italie*; — César Daly, *Revue d'Architecture*, 1841.

<sup>2</sup> Eugène Noël, *Notas manuscritas*.

notado la singular diferencia que presentaban en su porte y en su ademán el joven Luis XI y el duque de Borgoña, llamado «el Bueno», que se había hecho el fastuoso mentor y protector del rey de Francia. Cuando hicieron juntos su entrada en París (1461), se decía del rey: «¿Es ese un rey de Francia? Su vestido y su caballo no valen en junto veinte libras», mientras que Felipe el Bueno se le proclamaba «un hombre sol» por la voz unánime de la multitud<sup>1</sup>. Cuando Luis XI tuvo después por adversario, aunque frecuentemente por supuesto aliado, el sencillo é impetuoso hijo de Felipe, Carlos el Temerario, la oposición de las dos individualidades características colocadas á la cabeza de los dos Estados tomó una forma notable. Uno y otro eran, sin embargo, hijos de su tiempo y no pertenecían á la Edad Media sino por supervivencias de orden secundario. Luis XI comprendía perfectamente que tenía que apoyarse sobre el pueblo para combatir los grandes vasallos y retrotraer el feudalismo á la observancia de las leyes del reino; aunque muy devoto y hasta fetichista en su adoración de las imágenes santas, no ignoraba el peligro que corría la sociedad civil si dejaba afirmarse el poder de los curas y de los frailes, y, aunque fué el primero de los reyes de Francia á quien el papa calificó de «cristianísimo», fué quizá el que más ayudó al pueblo á desprenderse de su fe primera dando al poder civil la preponderancia sobre el poder religioso; por último, amó la paz y hasta supo vivir sencillamente en un modesto palacio que nada tenía de real. Se le llamó la «araña»: metido prudentemente en el fondo de su tela, vigilaba las moscas susurrantes que revoloteaban por aquí y por allá á su alrededor y que al fin venían á caer en sus redes.

En cuanto al «Temerario», descendiente de una larga generación de caballeros, amaba la guerra por la guerra misma; se complacía en dar golpes exponiéndose á recibirlos en cambio, pero no era un simple pendenciero, como se han visto tantos entre sus antepasados; sentíase también penetrado de las grandes ambiciones de su siglo, y aunque á veces tan cruel como su rival Luis XI, tenía, no obstante, algunos rasgos de magnanimidad. Instigado por el loco deseo de conquistarse un reino, que no le hubiera bastado y que

<sup>1</sup> H. Fierens-Gevaert, *Psychologie d'une Ville*.